
PERMANENCIA Y CAMBIO EN LA ESCRITURA HISTÓRICA

PERMANENCE AND CHANGE IN HISTORICAL WRITING

AURELL, Jaume: *What is a Classic in History? The making of a Historical Canon*. Cambridge, Cambridge University Press, 2024, 354 pp. ISBN: 978-1009469951.

JUAN PABLO DOMÍNGUEZ FERNÁNDEZ
Universidad Pública de Navarra
jdfernandez@unav.es

El alcance de este libro es más amplio de lo que sugiere su título. Se ocupa, sí, de aquellas obras históricas que siguen teniendo lectores, editores y críticos mucho después de escritas. Pero también de las formas de contar el pasado que –pervivan o no en libros canónicos– se transmiten de unos a otros textos a lo largo de los siglos. Trata, en suma, de la continuidad en la historia de la historiografía.

Jaume Aurell señala, en la introducción, que su énfasis en las permanencias del discurso histórico resulta paradójicamente disruptivo en un ambiente intelectual más inclinado –en su opinión– a subrayar las discontinuidades. Pero aclara enseguida que no pretende invertir esa tendencia, sino atemperarla; que su perspectiva de larga duración no busca privilegiar las permanencias a costa de los cambios, sino mostrar cómo unas y otros se engranan en la historia de la escritura histórica. La noción de que no hay historia de la historiografía sin ilación de cambios y continuidades –de que solo muda aquello que en cierto modo permanece– confiere unidad al libro.

What is a Classic in History consta de cinco capítulos. Los tres primeros analizan, respectivamente, la perdurabilidad de ciertas obras de historia, los rasgos esenciales de un clásico histórico y la construcción del canon historiográfico. Son la respuesta del autor a la pregunta que da título al libro. Aurell no niega la dimensión construida, inestable y coyuntural del canon –tan subrayada por la crítica literaria en las últimas décadas–, pero sostiene que algo en ciertos textos los hace, en sí mismos, duraderos y canonizables.

Los tres primeros capítulos son también una réplica al argumento esgrimido por

Aristóteles para defender la superioridad del poeta sobre el historiador. A saber: que las afirmaciones de la historia son particulares y las de la poesía, universales. Frente a esa opinión aristotélica, varias veces evocada en el libro, Aurell defiende que las mejores obras de historia alcanzan también la universalidad distintiva de los clásicos. E insiste en que los libros históricos durables trascienden su significado literal –tienen, en términos ricoeurianos, un *surplus de sens*– porque no se refieren tan solo al pasado, sino que enlazan con el presente y se abren al futuro, es decir, a lo posible. Su réplica al *dictum* de Aristóteles no es, en todo caso, tajante. Aurell asume que la historiografía no tiene el mismo alcance que la literatura, y que sus clásicos nunca serán tan numerosos ni tan leídos, venerados y estudiados como los literarios. Pero defiende que son, con todo, verdaderos clásicos: emplean las armas retóricas de la literatura, trascienden los hechos narrados sin abandonar la referencialidad propia de la historia y, mucho después de ser escritos, suscitan interpretaciones nuevas y siguen hablando a sus lectores del insondable misterio del tiempo.

Aurell repite que no pretende imponer un canon historiográfico; que simplemente analiza aquellas obras históricas que, de hecho, figuran en las historias generales de la historiografía y siguen editándose y leyéndose. Se muestra, en todo caso, muy respetuoso con el canon así detectado. Lo cree integrado por textos intrínsecamente valiosos. Considera infrecuentes los casos de obras históricas que hayan dejado de ser canónicas con el paso del tiempo. Y rebate largamente a los críticos del canon literario, arguyendo que este puede ser sustituido, pero nunca eliminado, y que las obras canónicas no lo son por conservadoras, sino por desbordar marco establecido en su tiempo. Si bien subraya que no hay clásicos absolutos, Aurell parece más dispuesto a pluralizar el canon –abriéndolo a otras obras, sensibilidades y perspectivas– que a expulsar del mismo a las hoy política o moralmente cuestionadas. Invita a la innovación historiográfica, pero recuerda que los grandes innovadores suelen conocer bien los clásicos.

Los dos últimos capítulos del libro –dedicados, respectivamente, a los géneros históricos y a las genealogías– se alejan del tema de los clásicos históricos, pero no demasiado: Aurell sostiene que muchos clásicos lo son, en gran medida, por haber inaugurado o perfeccionado un género histórico; y subraya que los textos genealógicos, al igual que las historias canónicas, unen el pasado y el presente.

En todo caso, estos capítulos finales no se centran ya en los textos que perduran, sino en las formas de escritura histórica que, aun encarnándose sucesivamente en obras distintas –en su mayoría efímeras–, conservan cierta identidad a lo largo del tiempo. Son, de hecho, los capítulos más atentos al cambio: uno traza el surgimiento de nuevos géneros historiográficos desde la Grecia clásica hasta nuestros días; el otro, la radical transformación de las genealogías desde Hecateo de Mileto hasta Michel Foucault. Aurell resalta, no obstante, las continuidades subyacentes a estos cambios. Sostiene, por ejemplo, que los nuevos géneros reformulan los anteriores más que reemplazarlos. Y que las genealogías, incluso en sus versiones más rupturistas, indagan siempre en un pasado que aún se cree presente.

Estos dos últimos capítulos interesan por sí mismos. Pero la gran aportación del libro está, sin duda, en los tres primeros. El propio Aurell señala que el tema de los clásicos y el canon de la historia apenas se ha estudiado hasta ahora. Solo por eso, su libro merece la atención de quienes se interesan por la teoría y la historia de la historiografía. Su lectura conduce por nuevas vías a reflexionar sobre la naturaleza misma de la escritura histórica y de la disciplina académica asociada a ella; sobre la continuidad y el cambio en las formas de pensar y narrar el pasado; y sobre la relación de las nuevas historias con la tradición historiográfica. Aurell ha convertido un tema hasta ahora desatendido –la condición perdurable, clásica y canónica de ciertos libros de historia– en una puerta de entrada a cuestiones teóricas e históricas fundamentales. Si, como él mismo sostiene, la inauguración de temas inexplorados es un rasgo habitual de las obras históricas durables, su libro es equiparable a los clásicos, al menos, en este respecto.

Como es inevitable en una obra tan ambiciosa, algunas de sus tesis son discutibles. Una, en especial, ha llamado mi atención. Aurell sostiene que la construcción discursiva del canon historiográfico, iniciada en la antigüedad por autores como Luciano de Samosata y Dionisio de Halicarnaso, se interrumpió en la Edad Media y no se retomó hasta el siglo XVIII. En mi opinión, sin embargo, los mismos estudios en que Aurell se apoya para afirmar esto –como *What was History?*, de Anthony Grafton– sugieren, más bien, que en la Edad Moderna europea se escribieron muchísimas páginas sobre los historiadores entonces considerados preeminentes y se desarrollaron no poco los esbozos inaugurales de Luciano y Dionisio. Desde el Renacimiento hasta la Ilustración –desde la *Politia literaria* de Angelio

Decembrio hasta la historia «d'ogni letteratura» de Juan Andrés– todo parece indicar que las grandes obras históricas ocuparon un lugar relevante en la biblioteca ideal de la época, y que fueron leídas y comentadas por los más diversos habitantes de la República de las Letras. Diríase que lo habitual entonces era considerar perdurables aquellas historias que fueran, a un tiempo, modelos de elocuencia, fuentes de saber político y moral, y autoridades fiables en asuntos de interés para toda persona culta, como el nacimiento del Imperio romano o las guerras de religión francesas.

Aurell parte del supuesto de que, en cuanto representaciones de un pasado específico, las obras históricas pierden pronto su vigencia. Pero no problematiza ese supuesto ni aclara que –aunque ya insinuado en la larga querella de los antiguos y los modernos– no se generalizó hasta la consolidación de la historia como disciplina «científica» en la Edad Contemporánea. Su voluntad de rastrear continuidades le ha impedido tal vez advertir la profunda cesura que esa transformación –junto a la paralela dispersión temática de la disciplina– supusieron para el canon historiográfico. Quizá esa misma voluntad le haya llevado a desatender otro de los grandes cambios que, según Reinhart Koselleck, llegaron con la Edad Contemporánea: la crisis del ideal de la historia como *magistra vitae*. Teniendo en cuenta que el canon histórico se formó durante siglos en función de ese ideal –no en vano, reivindicado por el propio Aurell–, la ponderación de dicha crisis habría enriquecido *What is a Classic in History?*

Aurell sostiene que, entre los tiempos de Francesco Guicciardini y los de Leopold von Ranke, solo Edward Gibbon escribió una historia canónica. Pero bien podría decirse, con argumentos similares a los suyos, que entre Tácito y Jacob Burckhardt –con la posible excepción de Gibbon– no hay clásicos historiográficos cuya vigencia entre el público no especializado pueda compararse, ni de lejos, con la que disfrutan sus equivalentes en la literatura o la filosofía. En cualquier caso, resulta llamativo que un libro sobre la perdurabilidad de las historias incluya en su canon una proporción notable de obras del último siglo, y algunas que no han cumplido ni cincuenta años. Cabría preguntarse si las alteraciones conceptuales de la modernidad tardía y la transformación de la historia en disciplina científico-universitaria no arrumbaron el canon historiográfico tradicional. Y si este canon histórico no habría sido sustituido recientemente por otro dirigido a sustentar una débil identidad disciplinar, compuesto por textos cuyas innovaciones metodológicas o

formales se juzgan provechosas para un gremio sin apenas intereses comunes, y del que están ausentes muchas de las obras históricas más leídas e influyentes. La respuesta a estas preguntas explicaría quizá la escasa relevancia de este nuevo canon en la cultura de nuestro tiempo.

Junto a la reflexión sobre las mudanzas de la historia en la Edad Contemporánea, echo de menos una comparación del canon histórico con los cánones de otras disciplinas académicas. Pienso, en particular, en el canon filosófico, cuya centralidad –tanto en su correspondiente disciplina académica como en la cultura general– resulta incomparablemente superior, y cuyas obras más vigentes no siempre destacan por sus cualidades retóricas. Este contraste habría permitido quizá pensar la perdurabilidad de los textos más allá del modelo literario.

Aurell recurre a la primera persona –más honesta, en mi opinión, que la impersonalidad «científica»– para expresar abiertamente su postura en los debates académicos que afronta. También la emplea para dejar claros los objetivos de su libro: fomentar un respeto por la tradición historiográfica compatible con la apertura a nuevos modos de historiar, y alentar una escritura histórica ambiciosa que, sin ceder a presentismos deformantes, se sirva de las formas literarias –y, en especial, de las metáforas– para aspirar, si no a la posteridad, al menos a una amplia difusión y relevancia.

Pero, aunque expresa claramente sus opiniones, Aurell siempre deja espacio a las ajenas. Y este carácter profundamente dialógico es quizá lo mejor de su libro. Hablan en él los grandes nombres de la crítica literaria, la teoría historiográfica y la filosofía de la historia, mediante citas o paráfrasis lúcidas que enriquecen cada asunto abordado. Aurell no solo resalta el carácter polifónico de los clásicos, sino que adopta hasta las últimas consecuencias ese elemento del ideal literario e histórico. Su voz se escucha con nitidez entre las otras, pero nunca se impone. Tras cada afirmación propia, da paso a objeciones ajenas, como la que escribió Virginia Woolf tras juzgar soporífera la obra de Gibbon: “We suspect that the vast fame with which the great historian is surrounded is one of those vague diffusions of acquiescence which gather when people are too busy, too lazy or too timid to see things for themselves”. Este continuo diálogo invita al lector más escéptico a seguir leyendo y a replantearse sus ideas con la misma franqueza con que el autor se cuestiona las suyas. La honestidad y la cortesía de este libro lo convierten en una lectura

fascinante para cualquier interesado en la escritura de la historia.